

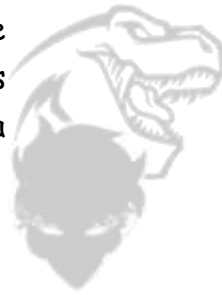


Capítulo 529: Nunca cambias.

El silencio que siguió a la explosión todavía resonaba. Los árboles todavía temblaban, el bosque parecía respirar pesadamente, como si hubiera presenciado un encuentro que nunca debería haber ocurrido. El aura colosal de Sepphirothy todavía presionaba el aire, pero ahora había algo diferente en ello: el peso de la preocupación.

Sus ojos escanearon cuidadosamente el claro, evaluando a cada persona presente.

Roxanne estaba de rodillas, sosteniéndose con una mano, todavía aturdida, pero ilesa. Katharina jadeaba, con el cuerpo empapado en sudor, pero estaba en una sola pieza. Vanny y Rize habían sido arrojados unos metros, pero ya se estaban poniendo de pie, todavía temblando. Titania parecía la más conmovida, con sus alas revoloteando nerviosamente, como si intentara esconderse dentro de su propio cuerpo.



Y luego estaba Virgilio.

El joven demonio permaneció de pie, con su katana atrapada en el suelo, usándola como apoyo. Su rostro lucía la misma sonrisa burlona de siempre, aunque la sangre goteaba por la comisura de su boca. Parecía exhausto, pero casi desconcertantemente, estaba en una sola pieza. El fuego de su determinación ardía más brillante que cualquier herida.

Sepphirothy suspiró, permitiendo que parte de la tensión en sus hombros desapareciera. Sus alas se retrajeron lentamente y finalmente aterrizó en el suelo. La mirada previamente tormentosa que llevaba se suavizó por un momento.

"Estás bien..." murmuró, sin saber que estaba hablando en voz alta.



Virgilio arqueó la ceja y se rió, escupiendo un poco de sangre antes de limpiarla con el dorso de la mano.

"Por supuesto que lo soy." Dio un paso adelante, levantando la barbilla. "Se necesita más que eso para derribarme."

Ella miró hacia otro lado, escondiendo su alivio detrás de una máscara fría. Sus ojos se fijaron entonces en el verdadero motivo de su llegada: Naberio.

La mujer estaba allí, serena, con la espada llameante en sus manos, con su aura todavía vibrando en ondas, como si el mundo mismo la reconociera.

Sepphirothy respiró profundamente.

"Entonces... ¿has estado sellado aquí todo este tiempo?" Su voz era firme, pero había un rastro de incredulidad.



Naberius inclinó ligeramente la cabeza y una sonrisa enigmática resonó en sus labios.

"Mucho tiempo." Sus dedos se deslizaron suavemente sobre la hoja, como si todavía estuviera saboreando su libertad. "Tanto tiempo que incluso perdí mi belleza... o al menos la belleza que recordabas."

Sepphirothy arqueó una ceja y una pequeña sonrisa escapó de sus labios. Fue irónico, casi nostálgico.

"Siempre fuiste dramático, Naberius."



Lo que ocurrió después tomó a todos por sorpresa.

Con un gesto repentino, Naberio dejó caer la espada al suelo. El sonido del metal en llamas resonó como un trueno apagado, agrietando la tierra bajo su peso. Antes de que alguien pudiera reaccionar, su cuerpo se disolvió en sombras llameantes y, en un instante, desapareció ante los ojos de todos.

"Ce—?!" Virgilio levantó su katana, listo para reaccionar.

Pero no había ningún enemigo. No hubo ningún ataque.

Sólo hubo un impacto suave.

Naberio reapareció ante Sephirothy, presionándose contra ella en un abrazo repentino, desesperado e intenso. Como un niño reunido con una hermana perdida.



Sus largas garras no se clavaban en la carne, sino que se cerraban alrededor de la espalda de la mujer con una fuerza casi asfixiante. Sus ojos, antes rebosantes de arrogancia, ahora brillaban con algo diferente —una mezcla de anhelo, dolor y una vulnerabilidad que nadie hubiera imaginado ver en el temido Naberius.

"Seph..." Su voz tembló, apagada contra el hombro del otro. "Te... extrañé mucho..."

El shock fue absoluto.

Roxanne se llevó la mano a la boca con los ojos muy abiertos. Katharina, que parecía dispuesta a lanzar un hechizo, se quedó paralizada con los labios



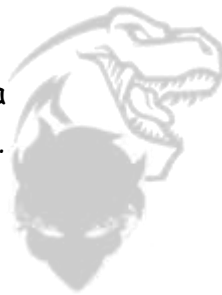
separados. Titania literalmente dejó que sus alas se marchitaran, incapaz de creer lo que estaba viendo. Vanny y Rize, todavía medio perdidos en su adoración irracional por el aura de Naberius, se miraron como si fueran incomprensión.

Zuri, acurrucada en un rincón, levantó la cabeza lo suficiente para mirar, con la lengua bifurcada parpadeando en el aire.

"Jaja... no me lo esperaba", murmuró con indiferencia, pero sus ojos entrecerrados delataban curiosidad.

Virgilio, por su parte, bajó lentamente su katana, con la boca abierta. Parpadeó una o dos veces antes de soltar una risa incrédula.

"Oh, no... no puede ser serio." Se pasó una mano por la cara, sacudiendo la cabeza. — Luché contra esta loca como si fuera la encarnación del infierno... ¿y ahora se está arrojando hacia ti como una niña perdida?



Sepphirothy no reaccionó de inmediato. Su cuerpo permaneció rígido por un momento, sorprendido por la intensidad del gesto. Recuerdos, enterrados durante siglos, atravesaron su mente como espadas: las guerras, los pactos, las traiciones y, en medio de todo, Naberio. Siempre impredecible, siempre excesivo.

Finalmente, lentamente, levantó los brazos y los colocó sobre los hombros de la mujer que la abrazaba. Un gesto vacilante, pero que a todos los presentes les parecía impensable.

"Naberius..." dijo en un susurro contenido. "Nunca cambias."



La otra mujer sólo se rió suavemente, una risa apagada contra su piel, llena de alivio y algo casi infantil.

"Bien. Si cambiara no me reconocerías."

El shock se cernía sobre todos como un peso. El aura colosal de Naberio había disminuido, no porque hubiera desaparecido, sino porque estaba siendo dirigida—contenida dentro de ese abrazo, como si todo lo que quedaba de ella, toda su fuerza, estuviera concentrado en sostener a esa mujer y no soltarla.

Vergil dio un paso adelante, todavía riendo.

"Eso es patético", dijo sarcásticamente. "¿Me estás diciendo que el demonio más problemático que Lucifer haya sellado jamás... es, en el fondo, solo un niño necesitado?"

Roxanne lo miró fijamente.

"Vergil, taci!"

Pero Naberius, sorprendentemente, no se sintió ofendido. Todavía aferrada a Sepphirothy, simplemente levantó la cabeza lo suficiente como para mirar al joven con una sonrisa torcida.

"Quizás sea así, muchacho." Sus ojos ardían como brasas, pero su voz era suave. "Porque incluso un desastre necesita algo que llamar hogar."

Sepphirothy cerró los ojos por un momento y respiró profundamente. Podía sentir la intensidad de esa presencia, ese anhelo que parecía derramarse





sobre ella como lava. Cuando volvió a hablar, su voz era tranquila, pero pesada por la gravedad.

"Naberius... este no es el momento para esto."

La otra mujer simplemente se rió de nuevo, sin soltarse.

"No me importa el momento. Estás aquí. Y eso... es suficiente."

El peso de las palabras resonó durante todo el claro. Nadie sabía cómo reaccionar. Incluso el bosque, que antes estaba furioso, parecía haber caído en un extraño silencio, como si también hubiera perdido su respuesta.

Sepphirothy levantó la mano y pasó lentamente los dedos por el cabello de Naberius, casi en un gesto de resignación.

"Eres insoportable", murmuró.

"Lo sé." Naberius sonrió y apretó su abrazo.

